





LARIMAR



José Luis Acosta Muñoz

# LARIMAR



Primera edición: junio 2023

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© José Luis Acosta Muñoz

© Lámina de portada: *Escena de la Guerra de Cuba*,  
Manuel Alcázar y Ruíz (Albacete, 1858 - Madrid, 1914).

ISBN: 978-84-19748-92-8

ISBN digital: 978-84-19748-93-5

Depósito legal: M-18227-2023

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*Cubanía es una palabra de la que se abstrae, de un lado, cierto modo de vivir la existencia encuadrada, contenida en el panorama que ofrece una tierra única a la que se ama, y de otro, el orgullo por haber nacido en ella y pertenecerla, por haber querido hacerla libre y por seguir peleando, de un modo u otro, contra viento y marea para lograrlo y esculpir en ella una ciudadanía independiente, eficaz, culta y soñadora, peculiar.*

*Este libro está dedicado a la cubanía. De forma muy especial a todas aquellas personas amantes de su Isla, con un modo de pensar o el contrario, de las que tuve el privilegio de aprender tanto, a las que en algo pude auxiliar y a esas otras con las que no me fue posible hacerlo; de todas ellas recibí mucho más de lo que uno vale mientras me reeducaron en el afán por no perder la alegría frente a las privaciones, trocándolas en poesía, sed de ilusiones, sones y danzas.*

*Con mi gratitud para todos aquellos que, con Cuba en sus corazones, me enseñaron a amar su tierra, su historia y a sus gentes.*





*Por eso quiero resucitar en los posos de mi mirada sobre las flores y los  
mares que me encandilaron tantas veces, en el recuerdo de los que quise /.../  
Y viviré, un poco, en aquel desconocido náufrago al que quizá,  
en alguna hora, salvé de una tempestad que no recuerdo..*

LUIS LEÓN REDONDO



## Introducción

He estado paseando por los campos de Las Mestas como solía hacerlo tiempo atrás. Anduve bajo un cielo limpio de zozobras, ya no me atan cadenas ni necesito alas para alcanzarlo.

Hice como entonces, dejarme llevar campo a través por las tierras de mis antepasados. Solía empezar a caminar de mañana y hacia el este. Regresaba con el sol de atardecida, la vista puesta en los perfiles de esas sierras que no son cerco sino promesa de otros horizontes. El chopo solitario, que es recuerdo de mi padre, desde el borde del altiplano me señalaba el camino de vuelta.

Se mezclan mis recuerdos. Ahora, entre aquel pasado y esta espera, los bronces del hayedo transparentan los verdes de ceibos y ficus que dan sombra bajo el sol de Cuba, y las gañidas de los zorros en Las Mestas se alternan con el canto de los gallos a la madrugada de La Habana. Puedo ver corúas de ojos verdes junto a los buitres del desfiladero en el Arroyo Quiebro, y oír allí mismo el choqueteo de pencas en los cocoteros. Se confunden las voces de Alma y María Luisa. El aroma del espliego en las laderas del pico Abruzón viene con el de los eucaliptos que plantaron en Pinar del Río, y oigo el graznido de los cuervos sobre las murallas ruinosas de la vieja fortaleza de El Robledo entre el voznar de las auras sobre los conucos en el valle de Viñales.

Me he encontrado con mi abuelo Salvador y con Yvonne Mariette. He visto a Elvira Figuerola y a Diego Ramón Usabiaga, también a mi tío Claudio y a Enedina..., a Eulalia Mneszich...

Voy a contar esta noche una historia, testimonio de una fantasía que se hizo cierta y cuyo desenlace no conocí hasta que se dio por cumplida esa existencia que se alarga entre dos amaneceres: el amanecer a la vida, porque se muere de algún modo al nacer a este mundo, y el amanecer en la muerte de este mundo, porque se nace a la comprensión de aquello que no entendimos cuando nos daba miedo no conocerlo todo.

Prevalece ahora una gratitud sin tasa por haber vivido. Es lo que me mueve a contar lo que puede ser un cuento y no lo es, es lo que Ezequiel Uría está mecanografiando ahora. Él, igual que yo, opina que disfrutar de lo fantástico es un derecho tan fundamental como otros. Por esta razón se afana Ezequiel con su Olivetti. Reventaría de impaciencia si no pudiera relatar lo sucedido. Hoy por hoy es el motor de su vida, y también el gozo de mi espera.

Fue después de mi amanecer cuando me propuse abordar a Ezequiel y conducirlo hasta el desenlace de un enredo que nadie conocía. Le coloqué ante un rompecabezas y tuve que andar muy vivo, nunca mejor dicho, para despertar su interés. No me fue sencillo, Ezequiel es despistado y muy pragmático. Pero ahora su dedicación es apasionada, y eso es lo que yo pretendía.

Hay quienes creen que un espíritu es plenipotenciario y ubicuo. Se engañan. En realidad, todo se redujo a convertir en murga esotérica mi empeño en que el manuscrito del abuelo Salvador volviera a ver la luz ante los ojos de Ezequiel y captara su atención. Yo no había sabido antes de estos escritos escondidos, no se tenía noticia de ellos. Luego se salvaron del fuego gracias a lo pesado que me puse. Ahora todo el que lo quiera podrá conocer la historia completa que comienza con ese manuscrito, y sabrá que hubo una continuación, que no concluyó con la guerra en la que mi abuelo combatió por aquella tierra, Cuba, con la que España fue desdeñosa y cuya lealtad los españoles de entonces no supieron mantener. Mi abuelo Salvador no volvió a escribir una palabra desde que el amor a Cuba se le trocara en vergüenza. Ezequiel, Clara Luna... yo mismo, todos estábamos por entonces a buena distancia de la vida,

es cierto. Sin embargo, este y otros obstáculos para sacar a la luz los hechos pudieron ser salvados a base de un ligero empujón de mi terca voluntad.

Empecemos, pues. Lo haremos por el diario que el teniente de Zapadores Salvador Uría-Liminiana y Rodrigáñez escribió en Cuba, manuscrito que durmió entre trastos durante un siglo. Ezequiel y Eleanor se ocupan en ordenar las notas desbarajustadas que contiene según el orden cronológico, y de transcribir fielmente su contenido.





## LIBRO PRIMERO:

### UNA PIEDRA AZUL, DE LÁGRIMAS DE MAR

Santiago de Cuba. 12 de abril de 1895

En la Sala de Banderas del Regimiento de Infantería de San Fernando.

Salvador Uría-Liminiana y Rodrigáñez.

Teniente de Zapadores. Regimiento de Ingenieros n.º 3.

Desembarqué en esta tierra un atardecer a finales de marzo del año 1895.

El Santa Bárbara se había aproximado a la costa a media máquina, debido a no sé qué desajuste en las calderas. Su capitán, don Arsenio Ontoria, tenía dudas sobre una llegada sin sobresaltos. Claro que siempre contábamos con la posibilidad de que cualquier otro de los vapores de nuestra expedición nos remolcase.

Se decía de don Arsenio que fue comisionado por la Compañía Trasatlántica para comprar barcos extranjeros y llevarlos a puerto español, donde serían habilitados a toda prisa para el transporte de tropas. Nuestro Santa Bárbara se llamó antes Rusia, y en 24 horas lo dotaron de lo mínimo para dar cabida a 1.200 hombres. En tan



escaso tiempo fue artillado con lo que se pudo, convertido en batallón navegante y puesto en manos de una tripulación que lo hiciera zarpar de Cádiz rumbo a Santiago de Cuba. De forma parecida todos los demás: el Ciudad de Cádiz, el Montevideo, el Reina María Cristina y tantos de la expedición o que llegarían poco después con otro contingente, cerca de 10.000 almas. Se hubiera dicho que íbamos a acabar con la insurrección en dos semanas.

El Santa Bárbara estuvo fondeado en la bahía dos horas. Atracó en tercer lugar para dar tiempo a que se deshicieran en los muelles las formaciones anteriores que tenían que ir a los acuartelamientos. La excitación a bordo era algo de ver, pero el trajín por mantener a los hombres ocupados en conseguir un pasable estado de revista antes del desembarco no me impidió captar los olores de tierra ni apreciar los contornos del lugar al que llegábamos. La bahía es de bocana estrecha. El barco avanzó lento, a nuestra derecha quedaba el Castillo de San Pedro de la Roca, construido en un peñasco sobre las aguas.

Atardecía. El aire en calma, el salitre, las luces mortecinas en las ventanas de las casas ribereñas, el calor y la humedad envolvían un mar que se me antojó de otro mundo. Olía a algo dulce, mezclas de flores.

Los muelles eran un caos de formaciones, órdenes, novedades y tintineos de cantimploras, equipos, fusiles y macutos. Sargentos a voz en cuello. Algún que otro cabo descerrajaba pescozones. Estaba cortado el tránsito de carros, carretillas y porteadores por los muelles para facilitar los movimientos de las tropas, y los paisanos se congregaban en los alrededores de las casas o en torno a los barracones. Daba la impresión de que asistían a la concentración de soldados porque no tuvieran otra cosa que hacer. No se oyeron vítores ni hubo recepción en algarada. No parecían aficionados a paradas militares; claro que no podía compararse a un desfile marcial el paseo de unas tropas entumecidas que se dirigían a sus cuarteles.

Nosotros desembarcamos, al fin, de dos en fondo. Los hombres se alinearon en el muelle. En formación de revista se dio la



novedad al comandante Lasquíbar, y este, a escape por la pasarela a la cubierta, la dio a su vez al coronel Ardanaz.

Así pisé tierra cubana en Santiago, capital de la provincia de Oriente, con el pie derecho por consejo de mi amigo Ventura Portillo, teniente de la otra compañía de Zapadores, de una promoción anterior a la mía:

—Si pisas con el pie derecho atraerás a las mujeres. Si con el izquierdo, a las balas.

En mi primer vistazo a la parte alta de la ciudad, entre dos luces de un crepúsculo visto y no visto, distinguí los perfiles de la catedral. Estuve tentado de enviar una plegaria, como tenía por costumbre mi padre antes de vérselas con el enemigo. Pero esas cosas, decididamente, no son mi fuerte.

Ordené descanso, de nuevo firmes, la media vuelta y marcha en columna de a cuatro en fondo, conmigo a la cabeza. Algún aplauso oí entre los congregados, pero también otras dedicatorias algo ambiguas.

«María Cristina me quiere gobernar..., y yo le sigo, le sigo la corriente...».

La impedimenta y tantos días de inmovilidad hicieron torpe nuestro paso, desgachado. Mis hombres desfilaron en uniforme de campaña, con rayadillo, el sombrero de jipijapa y calzados con las esparteñas, reglamentarias, bien es cierto, pero simples alpargatas al fin y al cabo.

«Porque no quiero que diga la gente que María Cristina me quiere gobernar».

Nuestras dos compañías de Zapadores fueron adscritas al Regimiento de Ingenieros número 3 y destinadas al cuartel del Regimiento de Infantería de San Fernando. No volvimos a ver al coronel Ardanaz ni al comandante Lasquíbar; asumieron los mandos de otras unidades: del Regimiento de la Constitución y de un batallón de Voluntarios Movilizados respectivamente. En San Fernando, nuestras dos compañías quedaron a las órdenes del teniente coronel Corchado, don Nicolás de nombre. Mi amigo Ventura dice conocer a un primo suyo de Zamora.

## Memorias de cuartel: Cuba, I

Pasan los días. Rutina cuartelera de plaza en pie de nervios, que no de guerra. El estado de la tropa raya la crispación, y me da la espina que la contagian los partes de los correos diarios.

Hoy, al salir del despacho de Corchado, que estaba reunido con los comandantes del Regimiento de Caballería del Rey, he vuelto a oír el bulo en boga: dentro de poco no podremos mover las columnas a través de las trochas porque en la zona central de la isla, desde Puerto Príncipe hasta Holguín, prende la insurrección como la yesca y se levantan en armas todos los hacendados con esclavos y campesinos. Corchado da por hecho que van a usar la táctica de la tea del mismo modo que lo hicieron en la guerra anterior, y recela de los libertos, ya muchedumbre, una masa fácil de manejar para los jefes insurrectos, que les prometen esto y lo otro cuando ganen.

Los hombres ventean la proximidad de una entrada en combate que hasta hace poco parecía no ser cosa de las guarniciones en las capitales. Se juega y se bebe. Son frecuentes las broncas en las horas de paseo y dentro de los propios cuarteles. Es más difícil aquí aflojar las tensiones en la tropa, y a menudo también aquietar los propios nervios. Pero excepto tres compañías del Regimiento de Infantería de Cuba y una del de Talavera, que salieron para guarnecer puestos no muy distantes, los demás estamos aún en los mismos cuarteles que al llegar. Otra cosa es que menudeen los supuestos tácticos y se intensifique el orden cerrado.

He estado estudiando con Ventura y otros oficiales los mapas de la isla, en particular los de la parte oriental, y ya nos situamos bastante bien. A Ventura se le pega el acento de estas gentes y suena un poco ridículo, pero no es el único. «Pa la manigua voy, mi hemmano», se pasa el día canturreando.

Nuestro cometido, como guarnición con base en la capital de Oriente, es tener cubiertas las jurisdicciones de Santiago, Guantánamo, Baracoa y Jagua, vigilar las cuatro líneas de ferrocarril en

la región, proteger la zona minera —las dos zonas mineras del Cobre, para ser exactos— y servir de apoyo a los fuertes y destacamentos a base de desplazamientos rápidos para intervenir contra las partidas de rebeldes. La técnica prevista la ha bautizado el Estado Mayor como «agrupación táctica», a saber: columnas mixtas de infantería, artillería, caballería e ingenieros. En mi opinión esta es una agrupación compleja, poco ágil para estos terrenos y el tipo de operación. Si además no se entrena con rigor nos puede dar más de un disgusto.

—Tú eres un pollo, paisano, un tenientillo bisoño, que diría mi abuelo. El último mono para opinar —me pica Ventura—. Tú, como yo. Mírame. Quieto y callado. Y a hacerse de notar poco mientras llegan los acontecimientos. Si los hay. ¿Estamos?

En tanto los esperamos, los acontecimientos que dice Ventura, nuestro quehacer, sin contar las guardias de honor y la rutina de servicios, se reduce, en lo tocante a Ingenieros, a mantener enlace entre los distintos cuarteles. Hago estas rondas con el cabo Lluhí y dos soldados de los que pueden permitirse el lujo de apuntarse a este cómodo servicio (desisto de averiguaciones) y endosar a otros las cocinas o letrinas, cuando no librarse de la instrucción. No rendimos cuenta del tiempo empleado en las rondas, aunque sí del volumen de comunicaciones; me limito a dar la novedad al teniente coronel Corchado al acabar, lo que suele coincidir con el toque de fajina.

El contingente nuevo llegado hace pocos días, va a ser trasladado en su totalidad y sin tardanza a los enclaves de Holguín, Bayamo y Baracoa, y desde estos a las líneas de contención desplegadas más allá de Puerto Príncipe y Las Tunas. Se vigilan las costas palmo a palmo, los sublevados esperan cargamentos de armas.

Los cabecillas rebeldes, Máximo Gómez, Antonio Maceo y Calixto García están en boca de todo el mundo. Se dice que sus hombres tratan de *Generalísimo* a Maceo, a quien el pueblo llano apoda el *Titán* por sus hazañas en la pasada guerra. Se ha corrido también el rumor de que José Martí, *alma mater* de la insurrección, motor

espiritual e intelectual, rebelde —por decirlo así— número uno, se ha fugado de la cárcel en España y es posible que esté tratando de desembarcar de tapadillo en Cuba.

El nuevo contingente al que me referí antes me trajo una sorpresa. Revistaba yo la tropa con el sargento Molpeceres cuando vino un gastador a decirme que me presentara en el despacho del teniente coronel Corchado.

Y fui a encontrarme allí con mi tío Salvador Damián en su uniforme de capitán de la mercante y luciendo su sonrisa más luminosa. El abrazo que me dio estuvo a punto de desengancharme el ceñidor. Corchado sonrió, condescendiente, e hizo gesto de dejarnos a solas en su despacho, pero mi tío le pidió en seguida su permiso para que yo le acompañara en una vuelta por el cuartel, las instalaciones, los alojamientos de tropa, todo lo que, en fin, es teatro de mi día a día en este destino, crisol —como cree mi padre— de mi futuro militar.

—Queda rebajado, Uría. Disponga del tiempo que guste y preséntese cuando concluya con su tío de usted. Así tendré ocasión de despedirme de él. Bienvenido, capitán —se dirigió a Salvador Damián—, aproveche su corta estancia. ¿Zarpan esta misma noche?

—En cuanto acabemos con el desembarco y nos reaprovisionemos.

Fue breve aquella visita. Pero despertó en mí el deseo inconfesable de regresar a España en el barco de mi tío sin más dilaciones. Avivó una prisa repentina por dejar este juego al que yo mismo he decidido consagrar la vida. Y espoleó la avidez por la piel de Elvira envuelta en sábanas. También, claro, afloró la añoranza de mi madre, de sus ojos ausentes, de su dulzura de orate explicándome los fundamentos de la telegrafía sin cable, por culpa de la que se está volviendo loca. Al abrazar a mi tío percibí el mismo olor a coñac y tabaco de pipa que deja mi padre en la biblioteca después de la cena. Un fardo de nostalgias vergonzosas, en suma.

—Elvira está encinta, Salvador —me espabiló el vozarrón de Salvador Damián—. Me encargó que te lo hiciera saber. Te llegará

una carta de ella. Dijo que prefería no dármela y acabarla con un poco más de tiempo. Que así la recibirías cuando ya hubieras asimilado la buena nueva. Se la ve muy ilusionada.

Elvira, la madre de mi hijo. Qué raro suena y qué distante. Se diría que a Salvador Uría-Liminiana y Rodrigáñez no le han movido de España y que a mí, a modo de doble suyo destinado a ahorrarle los malos tragos, me ha caído en suerte esta vez el papel de teniente en las tropas coloniales españolas, y que es tan solo este papel lo que tengo yo que ver aquí con el heredero del señorío de El Robledo, militar de figurón, con noble apellido aunque algo venido a menos, casado a edad temprana y como prescriben los buenos modos, hijo único que espera a su primogénito, engendrado en una Figuerola. Me cuesta creer que uno y otro seamos el mismo.

Se marchó mi tío Salvador Damián, el marino de la familia. Zarpó al anoecer. No tuve oportunidad de verle —como cuando yo era niño, en Cartagena— dar su adiós con la mano desde el puente, ni esperar en el muelle a que desapareciera su barco adentrándose en alta mar. Nos despedimos con otro abrazo, más fuerte que el de la llegada pero sin palmoteos en la espalda. Él procuraba sonreír y solo compuso una mueca de todo lo contrario. Yo tenía un tembleque ligero y sé que estaba más tieso de lo que cuadra a la mera estampa castrense.

—Tío, dile a Elvira que..., bueno, que la quiero... —me miraba fijo, Salvador Damián.

—Lo haré, sobrino.

—Tío, besa a mi madre.

Él no pronunció palabra. Pero a mí me llegó el eco de su pensamiento: «No he hecho otra cosa que besar a tu madre durante años. La beso en los ojos, beso sus mejillas, las manos. La beso en mis sueños. Me dejaría desollar antes que besar de otra forma a la mujer de mi hermano».

—Tío, abraza por mí a papá. Y dile que cuide mucho a mi madre. Dile que le llevaré la bandera de un regimiento rebelde en un

cesto de yarey para que la ponga en la biblioteca. Dile que volveré, tío. Y también que me gustaría estar a sus órdenes aquí.

—Y tú, ojo a ciertas tentaciones, Salvador, que nos conocemos. Aquí son muchas y muy poderosas —fue lo último que me advirtió, con un aire inquisitorial impostado, antes de darme la espalda.

Esa misma noche me puse a escribir en estas hojas sueltas. Resulta raro que se me vengan a la pluma remembranzas de mi niñez en Las Mestas cuando me encuentro recién llegado a una tierra tan lejana y diferente de la de allá, y cuando mi intención es registrar cómo es esta y lo que aquí sucede. La nostalgia, seguramente, le confiere a esos recuerdos una viveza inusitada. He decidido al fin incluir todo lo que escriba en mi diario de campaña, a lo mejor me gusta releerlo si llego a viejo y disfrutar entonces de lo que viví mientras podía.

## **En Las Mestas de Cayoquebrado, I**

La primera vez que vi cómo un globo se elevaba con un hombre dentro de la barquilla pensé que este mundo es un lugar en el que uno puede ser libre por muchas que sean las pamemas que le mandan o prohíben. «Así debe de sentirse uno cuando no tenga que pasarse la vida aprendiendo gramática, los números y sus quejigas, lo que está bien y lo que está mal porque lo dicen todos menos uno, lo que tienes que decir y lo que no, y cómo hay que decirlo para no enfadarlos a todos». El hombre del globo, allá arriba él solo, me parecía que se lo pasaba en grande a costa de los que había dejado abajo. Hacía lo que le daba la gana, vamos, y no había nadie que le aguara la fiesta.

Aquella ascensión formó parte de los festejos con que Madrid celebraba los esponsales de Alfonso XII con María de las Mercedes. Por entonces Juan de Dios, mi padre, era un joven coronel que esperaba paciente el ascenso y había sido llamado a los fastos nupciales con la representación del Arma de Artillería. Mi madre y yo asistimos desde puestos de privilegio a los

espectáculos que mi condición de hijo anhelado, único y amparadísimo, permitió.

Conservé la invitación: «Ascensión desde El Campo del Moro. Luis Godard tripula el Intrépido». Hoy no sé dónde pudo ir a parar esa papeleta.

Dos años más tarde daría comienzo mi idilio con Las Mestas de Cayoquebrado.

A principios de los veranos, cuando el carruaje se detenía junto al porche del Casón, antes de que se despejara la polvareda, ya lo estaban rodeando los guardeses, venidos de la Caserola, y los perros que salían ladrando y a meneos con los rabos para que alguien de aquel barullo les hiciera alguna carantoña. Damero, el más viejo, el último en hacerse notar, venía calmoso a lamerme a mí la mano. Pestillo daba vueltas de torbellino a la caza de su cola enana, y Dendra se limitaba a esperar a que Juan de Dios la convocara con dos palmadas en la pernera del pantalón; era siempre la primera en ser llamada a su lado para que él le sobeteara los belfos y le mesara la pelambre del cuello.

—Parió el mes pasado, señor —hacía un alto Sacra Luz en el ajetreo—. Ha echado una camada hermosa, los tenemos a todos en la Caserola. Si usted lo manda les digo a los chicos que los traigan para que los vea, a los cachorros. Están vivos cinco de los siete que traía.

—No, Sacra. Yo me pasaré luego por allí —oía yo decir algo de este corte a mi padre—, y así me invita Cristóbal a un vaso del vino de la tinaja del cobertizo, cuando él venga de la faena.

—Sí, señor. Claro que sí, señor —se regocijaba Sacra—. Y además tiene usted que ver lo que ha hecho mi Cristóbal con lo sobrante de la cuadra.

—¿Están en casa sus hijos, Sacra?

—A las parideras fueron, con su padre, señor. No han de tardar en volver. Andan afanados en lo de las vallas y las lindes con los del pueblo de abajo. Ya le habrá referido don Benito el lío que hay en el concejo. Pero Cristóbal se apaña bien con Esteban y Eusebio

al lado. Fermín es aún chico para esos sofiones con los mozos y no impone respeto, pero ya se andará. Regina y Emilia fueron hoy al lavadero y se habrán entretenido de vuelta de Arlanzón. Siempre hacen lo mismo. A Regina la ronda buen mozo de allá, por eso la mando con la pequeña, para que no se me vaya a atolondrar.

Sacra Luz, el cochero —un cabo asistente de mi padre— y dos soldados de servicio atendían a las disposiciones de mi madre sobre baúles y otras providencias. Mi padre solía quedarse en Las Mestas los días de permiso, luego volvía a Guadalajara. Cuando regresaba, al asomar el carruaje por el recodo del camino de Arlanzón y vocear alguien: ¡el coche, el coche, viene el coche!, a mi madre se le ponían rojas las mejillas y los ojos parecían haber ganado fondo. Sus manos hablaban de lo que reprimía al ver apearse a Juan de Dios, que se quedaba un poco parado delante de ella, cortado porque no sabía cómo hacer para que el beso de bienvenida a casa no fuera a resultar soso por un lado, ni pasarse de lo prudente delante de los guardeses por el otro. Procuraba Juan de Dios un beso breve en los labios porque Sacra se había plantado delante en ese momento o ya se venía de lejos Cristóbal, o quienquiera que se llegase al Casón porque el señor estaba por fin de vuelta y lo que estuvieran haciendo era menos importante que ir a recibirlo.

Esa estampa de mis padres, cuando yo los veía mirarse algo furtivos después de los días de separación, era la que me hizo preguntarme desde muy niño sobre la forma que tenían de quererse. Según crecí, he tratado de dar con la respuesta a mi manera, a base de no negarme ninguna posibilidad de amorío. Pero es la fecha en que aún no hay respuesta a aquella cuestión de mi niñez. Todavía no he mirado a ninguna mujer del modo que mi padre miraba a mi madre en aquellas ocasiones, ni siquiera a Elvira.

—¿Tuviste buen camino, Juan? —enlazaba Beatriz a mi padre por la cintura para llevarlo dentro de casa.

—Sí, pero ya tenía ganas de llegar.

Yo jugaba casi siempre con Emilita, la menor de Sacra. Aún no me dejaba mi madre alejarme más allá del camino a Arlanzón, ni



bajar la ladera que cruza el sendero de Luriel. No podía perderme de vista, en suma, pero, aun así, mis horizontes se me aparecían extensos, por restringidos que estuvieran a las eras de la Caserola, los cobertizos de las viejas cuadras y los alrededores de hierbas crecidas del Casón. Podía acompañar a Sacra o a Cristóbal en sus faenas, con orden de no despistarme de ellos. Cristóbal solía encaramarme a lomos de alguna caballería no demasiado rebelde, como Riguroso, cuando, ciertos jueves, no recuerdo bien si los primeros o los segundos de cada dos meses, iba camino abajo hacia Luriel para el trueque o compraventa de bestias de arreo. Ya no había en las cuadras tanta mula y borrico como cuando los sembradores, rapadores y leñeros atestaban los sotechados anejos a la Caserola, según atestiguaba don Constantino. Ahora son temporeros, contratados por Usabiaga, mozos itinerantes que recorren las tierras en épocas de cosecha o rapa de ovejas.

Don Constantino Alustante era un anciano, maestro que lo fue tanto en Luriel del Robledo como en Arlanzón de La Mesta desde los tiempos del segundo Dionisio, por cuenta de quien ejerció el magisterio para los hijos de campesinos y aparceros, incluso después de que esos dos pueblos se hicieron municipios independientes del alfoz de nuestro señorío. Aseguraba don Constantino haber conocido en toda su imponente majestad a Dionisio Uría-Liminiana de los Cuetos, y haber oído hablar mucho del padre de este tatarabuelo mío, el primero de la saga familiar que fue enterrado en el cementerio de la ermita de Luriel. Desde Esteban Uría-Liminiana y Goyantes todos mis antepasados descansan bajo lápidas sencillas en esa pradera pequeña en la que crecen flores y arbustos salvajes. Allí, en ese camposanto, sentados en la hierba con don Constantino y bajo el zumbido de moscones y machaqueo de chicharras, el maestro ochentón nos relataba a Emilita y a mí historias, leyendas del señorío, de personajes algo fantasmales cuyas cuitas e intimidaciones se preciaba de conocer el anciano desde tiempos de espadas, venablos, batallas y amores clandestinos. Decía don Constantino, con voz gangosa que sonaba a encontronazos con su mostacho

blanco, las manos apoyadas en el pomo del bastón, que había sido don Manrique, de la casa de Luria y primer conde de El Robledo, el que había mandado construir las murallas del castillo que se alza en el cono viejo de la Muela Pelada. Muela que mucho antes moros, romanos y hasta celtíberos habían ocupado para defenderse del enemigo que siempre acechaba...

—¿Siempre hubo guerra en estas tierras, maestro?

—Nunca hubo paz.

Transcurrían en Las Mestas días de niñez, días de verano, amaneceres fríos y sol temprano ante un tazón de leche y rebanadas de hogaza para untar con mantequilla y miel. Tardes largas a la caza de lagartijas, grillos, escarabajos, mulas y borricos tristes. Horas impregnadas de olor a leño y chimenea, heno y esparto, boñigas de caballerías. Días de mataduras en las piernas y arañazos de aliaga.

—Si le echas una gota de vinagre en la sesera a ese escarabajo, deja la bola y se pone a correr p' delante.

La primera vez que Emilita y yo vimos una culebra enroscada, la cabeza canija, venga a sacar y meter su lengua partida, yo quedé paralizado. Emilita no. Emilita, que brincaba como una cabra, esa tarde me saltó encima y se pegó toda a mí sin darme respiro mientras llamaba a gritos a su madre. Me atenazaba con piernas y brazos, temblaba igual que un flan de gelatina y con sus manos, pensé, me iba a arrancar la cabellera de cuajo. Además, voceaba el nombre de Sacra junto a mi oreja y cada vez que lo hacía me zumbaba el cerebro. No había manera de librarme de ella. Todos sus olores a campo, cuadra, romero y muchas cosas más que descifré con el correr del tiempo, me entraban por la nariz. Así que, sordo, ciego, borracho mi olfato, estrujado hasta el ahogo y a punto de ser descabellado, decidí soltarle a Emilita un sopapo. Pero ella no se aflojaba ni dejaba de gritar. Hasta el cuarto sopapo que le descerrajé ella no se dio por enterada, y este me lo devolvió con intereses; soltó con rapidez una mano de mis pelos y me sacudió en las narices con el puño cerrado. Ahora ya la hemos fastidiado, me pondré

a sangrar y mi madre me prohibirá salir mañana, y Sacra creará que... Y Emilita se me apretaba de nuevo. En esas estaba cuando oí detrás de nosotros una voz que ya no olvidaría:

—No hace nada. No hace nada —repetía la voz con soniquete de sabiduría displicente—. Veréis como no hace nada.

Como pude, sustraje un ojo del poder de absorción de Emilita, aún colgada de mi persona, y vi como otra niña, una niña que cojeaba, vara en mano, se iba a por la culebra. El bicho ni se había movido a pesar del pandemónium que había montado Emilita, pero al acercársele aquella niña coja deshizo su rosca y se apresuró a mudar de sitio, se escurrió por el suelo ondulándose y desapareció en una rendija que la peña de granito, a cuya sombra se encontraba, parecía haber abierto para ella. Emilita se bajó de mí por fin, un tanto renuente.

—Seguro que la has puesto tú ahí, Angélica —dijo a la niña recién aparecida—. La has traído tú para asustarnos.

—Solo tengo eso en qué pensar —respondió bastante fría y algo desdeñosa la tal Angélica, con un mohín de suficiencia—. Y tú, ya me dirás por qué te portas así de tonta, con tantas bichas como has visto desde que naciste.

A partir de aquel día jugamos los tres juntos cuando podíamos. La niña coja me provocaba una desazón rara cuando la veía retorcerse entera para dar un paso. Su pierna izquierda me recordaba a una trancha de pino seca, tan distinta de la otra con su línea suave y carnosa, larga, firme, una pierna que a mis pocos años me consumía por tocar. Esta querencia me perturbaba. Siempre que pareciera venir a cuento, en el transcurso de nuestros juegos, la mano se me iba a esa pierna de piel blanca y lisa como quien no quiere la cosa, y Angélica, sin decir palabra, me miraba con una sonrisa que tenía poco o nada de infantil, al tiempo que Emilita esbozaba lloriqueos y salía por pies diciendo que ya no jugaba, inflados los carrillos como melocotones.

## Memorias de cuartel: Cuba, II

20 de junio de 1895

Se oyen noticias de todo corte: que si nuestro Gobierno ha dicho o ha dejado de decir, que si Martínez Campos concentra tropas en La Habana pero tiene problemas con la trocha de Júcaro a Morón que se le infesta de rebeldes. Que si van a volver a casa los licenciados porque en Nueva York se ha llegado a un acuerdo. Que si vienen más tropas. Que si atacan los insurrectos, que si para aquí, que si para allá... Lo cierto es que desde lo que llaman *estallido de Baire*, en febrero pasado, en esta isla se pone fea la cosa.

Ayer se transmitió por cable la muerte de José Martí. Ellos le llamaban el *Apóstol*. Sus ideas son la base de la independenciamiento por la que se levantaron en armas. Lo han matado nuestras tropas recién desembarcado en la isla, cerca de La Bija, un pueblito de labor entre los ríos Cauto y Contramaestre. Al parecer iba a sumarse a los insurrectos para combatir él también.

—Eso de que ha sido gracias a los servicios de Inteligencia vamos a dejarlo, Salvadorín —desmiente Ventura la versión oficial—. Se encontraron con ellos por chiripa mientras vigilaban para trincar los alijos de armas que les mandan a esta gente desde Nueva York los de su Comité Revolucionario, que saca también buenos dineros de los yanquis, mientras los azuzan contra nosotros. Ahora lo dirige un tal Estrada Palma, que de esas cosas me tienen bien al tanto los gemelos murcianos, los mecanógrafos que hablan francés; sí, hombre, los de la Plana Mayor del Constitucióntion.

Dicen que Martí era literato y poeta, pero yo no he leído de él más que su *Manifiesto de Montecristi*. Y es una declaración de guerra en toda regla: «La Revolución de Independencia, iniciada ya en Yara, después de preparación gloriosa y cruenta, ha entrado en Cuba en un nuevo período de guerra».

La Guardia Civil ha tenido que intervenir dos o tres veces en las afueras de Santiago porque la noticia de la muerte de este hombre ha provocado más levantamientos. A veces me da por pensar que tenemos al enemigo en casa y que esta vida ciudadana tan tranquila es una celada.

He tenido ocasión de conocer a un personaje interesante. Es, al parecer, ciudadano de muy buena posición.

—Vaya forma pistonuda que has tenido de presentarte al prócer —se carcajea Ventura Portillo a cuenta del incidente de la guardia por el que lo conocí.

Se llama este hombre Ismael Echarren, y debe de tener un cargo civil en el Gobierno o en el Ayuntamiento, ya que asistía a una conferencia de mandos del Estado Mayor de Santiago con otras autoridades y gerifaltes eclesiásticos. Vestía con elegancia discreta y aguardaba por él un Victoria de cuatro ruedas a la moda, criado negro en el pescante, con chistera y fusta. Habíamos formado guardia de honor frente a la fachada del Ayuntamiento y en las esquinas de las calles a la Plaza de la Catedral. Mi compañía ocupaba sus puestos desde las ocho de la mañana, y a eso de las diez, cuando el sol ya castigaba, empezaron a llegar personajes, para cada cual un toque de cornetín. Yo había tenido que formar un pelotón de gastadores a la puerta del consistorio; y nos pasamos la mañana rindiendo saludo incluso al paso de los párrocos de Santo Tomás y de la Trinidad. Fueron tres horas de presentar armas ante cualquier homenajeado que parecía estirarse un metro; y otra vez a rendir y rendir honores a la salida por turnos de los pájaros con o sin merecimientos. La próxima vez le endosaré el placer a Ventura.

A la salida de un grupo en el que se encontraba el coronel Vilches, del Batallón Provincial de Puerto Rico, me llevé el sable a las narices con tal marcialidad que mi ros salió disparado y rodó por el suelo para ir a parar a los pies del caballero que he mencionado. Mantuve el tipo, descubierto, y clavé la vista en un punto fijo. Sudaba a raudales y era consciente de que me estaba poniendo rojo, algo que no soporto.

El hombre del que hablo se agachó a recoger mi gorro de visera acharolada, que la noche anterior había sido objeto de más cuidados, cepillados y frotaduras que en todo su tiempo de servicio, para, acto seguido, alargármelo en un gesto cordial.

—Mil gracias, señor —dije, sin romper el saludo.

Alguna risilla de gastador, detrás de mí, iba a tener castigo adecuado —pergeñaba yo, rígido, muy protocolario.

—¿Puedo yo ordenar que rompa el saludo? —preguntó él—. Para que pueda hacerse usted de nuevo con su gorro volandero.

—No, señor.

El coronel Vilches ordenó descanso al pelotón con las voces de rigor. Luego se dirigió a mí:

—El saludo, enérgico, desde luego. Pero no tanto, teniente —ironizó el coronel en mis barbas.

—Sí, mi coronel. Ruego a usía me disculpe, mi coronel.

El caballero que había recogido del suelo mi gorro reía pero sin asomo de sorna. Yo, finalmente, recompuse mis aires y pude callarme otra vez el pajolero ros y su barboquejo como Dios manda.

La cosa no dio para más porque unos clérigos con aire dialogante se acercaban, y Vilches, imitado por el captor de mi gorro y otros dos personajes de relleno que allí había, salieron por pies, cada uno en una dirección.

Yo puse firmes, y muy firmes, a mis gastadores, con mirada fulminante, tono rencoroso y maneras de chusquero, resignado a seguir allí de pasmarote las horas que hiciera falta.

Rumiaba mi resignación cuando a mis espaldas oí: ¡teniente! El distinguido caballero de antes se acercaba otra vez, eludidos ya los curas.

—A las órdenes de usted, señor.

—No. A mis órdenes, no —repuso un tanto burlón—. Es que me parece imperdonable nuestra espantada, pero la proximidad de según quienes le hace a uno darse a la fuga por instinto de conservación, del ánimo y del bolsillo. Quisiera saber su nombre —añadió.

—Salvador Uría-Liminiana, señor, teniente de Zapadores del Regimiento número Tres de Ingenieros, de guarnición en Santiago.

—Yo soy Ismael Echarren —se presentó—. Tendría gran placer en invitarlo a mi casa si sus obligaciones y las órdenes de sus superiores lo permiten. Es poco lo que podemos hacer por ustedes, lejos como están de su tierra y en un ambiente que extrañan. Por eso, como cubano que soy, me gusta ser hospitalario con los que tanto sacrifican, con independencia de por qué lo hagan. Es bueno que ustedes conozcan a personas que recordar con afecto cuando un día tengan que irse de aquí, por una razón o por otra. ¿Aceptaría asistir a la cena que mi familia y yo damos la noche de San Juan? Tendré ocasión entonces, supongo, de estrecharle la mano...

—Con sumo gusto, señor —acepté—. ...Y también con los permisos.

—Hasta entonces, pues, teniente Uría. Si ve alguna dificultad, ruegue a sus jefes que hablen conmigo. Soy vocal de la Diputación, y además me precio de mantener buena amistad con algunos de sus mandos, y cordiales relaciones con la jerarquía militar.

*28 de junio de 1895*

La pasada noche de San Juan, con un pase firmado por el teniente coronel Corchado, asistí a la cena que dio la familia Echarren en su mansión, construida en la zona que llaman de la Vista Alegre. Con fundamento o no, me hice a la idea de que iba en representación del Cuerpo de Ingenieros destacado en Cuba.

Salí por la tarde, montado a la grupa de un bayo discreto, enfundado en lo que aquí se entiende por uniforme de gala, los borceguíes brillando al sol de la media tarde, el sable bruñido, y pulidos los castilletes de la casaca, guantes blancos al ceñidor; bañado, frotado, rasurado con esmero poco habitual en mí, y bien perfumado con el agua de colonia de Ventura, que hay que ver el éxito que

tiene en comparación con la mía. Empecé el camino hacia los muelles orientales del puerto cuando el sol ya caía a mis espaldas. Venía una agradable brisa del este que andaba a la gresca con las crines del jaco, y pensé que ese soplo salitroso, el aliento del mar, me llegase acaso desde España.

Volantas y quitrines salían al paseo de la tarde. En los pescantes cocheros cuarterones con librea, botas altas, sombrero de copa o bombín. Damas y damiselas en azules, rosas y blancos, desparrraman faldas sobre los asientos y garbo con los abanicos; rara vez llevan sombrero, al aire libre brazos, cuello, y qué decir de los escotes..., «loado sea Yahvé, que obró en ella semejantes maravillas», masculla siempre Ventura ante estas visiones. Los caballeros, ocasionales acompañantes, chupan de gruesos cigarros puros y engolan la voz al dar instrucciones al cochero, para dejarse ver lo más posible y hacerse notar.

Dejé atrás esa zona concurrida y me metí por callejas. Las casas de madera con porches de colores se veían salpicadas de flores en fachadas y ventanas. El guajiro, ajeno a las zonas de postín, vacilaba en dirigirme su saludo, de un corte u otro, suspicaz, receloso tal vez al toparse por las buenas con un militón de flamante uniforme transitando en solitario y a caballo por andurriales alejados. Visten calzones campesinos anudados a la cintura por un cordel, camisolas de algodón, pañuelos al cuello, o en la cabeza con nudos en los picos, cuando no se cubren con sombreros de yarey. Muchos andan descalzos, otros van con zapatillas de cuero. Y ellas se lucen bajo sus túnicas a modo de camiones, también con pañoleta, y sombrero ladeado.

Por donde uno vaya, en esa u otra esquina y con motivo que celebrar o sin él, suenan instrumentos hechos de cualquier cosa, y todos a bailar. Niños, grandes, ancianos, no paran quietos con la contradanza. Siempre se es bienvenido a la bulla; nadie se extraña de que un recién llegado ciña la cintura de una mujer que baila, ni de que lo haga con el descaro del amante, pues ese descaro nace de la confianza que da el moverla a ella en su compás tal como quiere



hacerlo. Me gusta mucho bailar, se me da bien. De los medios que aprendí como seductores es este el más eficaz; Ventura está de acuerdo conmigo.

Más adelante seguí un sendero entre conucos que rodean algún que otro bohío. Cada dos por tres lo cruzaban gallinas en procesión con sus pollitos. El camino me llevó a una calzada de tierra bajo una floresta frondosa. Allí los laureles entrecruzan sus ramas a buena distancia del suelo y tapan a los gallinazos que bajan lentos de lo alto para picotear el maíz a las mismas puertas de los bohíos, con esa cabeza roja y pelada suya, que parece la de un demonio beodo. La penumbra estaba ensartada por algún haz de sol a través de la barrera verde oscuro. Olores dulzones, penetrantes. Silbos de los pájaros que aquí llaman *sísones*, arriba por entre las hojas.

Después, algo así como a 20 minutos de paso calmoso de mi jaco, que disfrutaba del entorno y no se daba prisa para nada, se acaba el bosque y, en lo que estimé como una milla, o milla y media, se deja ver el conjunto de mansiones que jalona la pendiente de una colina. Es pequeña elevación desde cuyo punto más alto —imaginé— podría verse la línea del mar, y en la que únicamente las edificaciones, por una vez blancas y separadas entre sí, alteran el verde listado a trazos grises de las palmas reales. Di con la casa Echarren sin dificultad gracias a las señas que me facilitaron los que ya la conocen. Se alza discreta entre unos flamboyanes, por estas fechas con su rojo más intenso.

Contemplé el panorama. Detuve al jaco, que se puso a morder las hierbas en el borde del sendero. Volví a mirar a las auras volando en un cielo que ya empezaba a dorarse. Surcan el aire y describen círculos, seguras en sus dominios. Recordé las águilas de Las Mestas. Dos marcos antitéticos —me dije—, dos vidas en la vida de Salvador Uría, dos mundos que no pueden conjugarse, ¿Salvador y su doble para los malos tragos?